

María Victoria Herráez, María Concepción Cosmen, María Dolores Teijeira y José Alberto Moráis Morán (eds.), *Obispos y catedrales. Arte en la Castilla bajomedieval*, Berna, Peter Lang, 2018, 686 págs.

La obra titulada *Obispos y Catedrales. Arte en la Castilla bajomedieval*, editada por los doctores Herráez, Cosmen, Teijeira y Moráis, salió a la luz en 2018 de la mano del prestigioso sello editorial Peter Lang. Esta publicación recoge parte de los resultados obtenidos en un proyecto de investigación dedicado al estudio de la promoción episcopal en las principales catedrales castellanas, llevado a cabo en el seno del Grupo de Investigación *Patrimonio Artístico Medieval* de la Universidad de León.

El papel de los promotores de obras artísticas resultó clave durante la Baja Edad Media, por lo que en las últimas décadas se ha priorizado el acercamiento al hecho artístico a partir del conocimiento de la intencionalidad y circunstancias de quienes lo impulsaron. Según ha señalado la Dra. Herráez en la presentación de este volumen, el desarrollo de este tipo de estudios dedicados a la figura del promotor artístico en España tuvo lugar a partir de la década de 1980, algo más tarde que en el resto de Europa. Uno de sus valedores fue Joaquín Yarza, quien en diversas ocasiones afirmó que los obispos medievales contaron con unas condiciones óptimas para convertirse en el grupo de promotores más audaz. Valorando de igual manera tanto su preparación intelectual, como su cercanía a los monarcas, los obispos se encontraron en una posición privilegiada para auspiciar bajo su mando importantes empresas que enriquecerían los panoramas artísticos regionales. Entre ellas, las catedrales fueron uno de los principales exponentes de la creatividad gótica, por lo que no es extraño que los historiadores del arte hayamos centrado nuestro interés en quienes las alentaron.

Esta obra, con sus 23 aportaciones, supone una valiosa contribución al conocimiento de la promoción artística episcopal en la península ibérica, sumándose al camino iniciado por *Reyes y prelados. La creación artística en los reinos de León y Castilla (1050-1500)* (Madrid, Sílex, 2014), editado por el mismo grupo de investigación. Los capítulos se organizan en dos grandes bloques. El primero de ellos, de mayor envergadura por tratarse del grueso de la publicación, acoge los trabajos dedicados a las principales sedes episcopales castellanas, desde Toledo a Sevilla, incluyendo casos como el de las catedrales de Salamanca, Cuenca o Palencia, a las que se dedican más de una contribución. Algunos de los nombres más destacados asociados a las mencionadas sedes son los de Pedro González de Mendoza, Juan de Cervantes, Lope de Barrientos o Diego de Deza, entre otros. El segundo bloque, compuesto por cinco capítulos, está dedicado al estudio de la promoción episcopal en otros reinos peninsulares, abordando las problemáticas concretas de Pamplona, Tarragona, Tarazona, Huesca y Évora.

El trabajo de archivo y el correcto análisis crítico de las fuentes documentales se revelan como una de las principales vías de acercamiento al estudio de la promoción artística episcopal, tal y como se demuestra en la mayoría de los estudios que componen esta publicación. La primera de estas aportaciones, llevada a cabo por Domínguez Sánchez, aborda la importancia de los documentos pontificios en el seno de las catedrales bajomedievales, destacando la especial admiración despertada por estos diplomas papales –tanto por sus caracteres internos como externos– que junto a alhajas y otros ornamentos se custodiaban en los tesoros catedralicios o incluso se exhibían en los muros de los templos. Del mismo modo, Teijeira Pablos presenta un análisis transversal de los testamentos de diez grandes prelados castellanos vinculados al desarrollo del último gótico, extrayendo una serie de valiosas conclusiones para el estudio de las consecuencias artísticas de las últimas voluntades episcopales. Con una misma voluntad panorámica dentro del entorno castellano, Pazos López ha estudiado la singularidad de las insignias litúrgicas episcopales bajomedievales a partir de los elementos iconográficos que las conforman.

Dos trabajos se acercan a la catedral salmantina y la promoción artística de sus prelados. De los Reyes Aguilar se aproxima a las dinámicas de los obispos del siglo XIII en la llamada “Catedral Vieja”. Por otro lado, Cosmen Alonso realiza un análisis monográfico sobre el prelado Gonzalo de Vivero, uno de los obis-

pos de mayor trayectoria en esta sede episcopal. Su labor, marcada por un profundo sustrato intelectual, se centró en encargos relativos a la pervivencia de su memoria, como su sepulcro y la librería catedralicia, así como en la compra de numerosas piezas suntuarias, destacando tanto manuscritos como libros impresos, en relación con la empresa de la librería. Continuando en la senda de lo funerario, Laguna Paúl aborda la memoria del cardenal Cervantes en la catedral de Sevilla mediante el estudio detallado de su monumento sepulcral, profundizando en algunos aspectos inéditos acerca de su diseño y de la talla del alabastro por Mercadante de Bretaña.

La erudición fue uno de los rasgos comunes a estos obispos promotores, si bien hay ciertas figuras del ámbito castellano que sobresalen especialmente, como Alonso de Cartagena. Payo Hernanz y Martín Martínez de Simón dedican un estudio a su interesante labor de mecenazgo, mientras que su producción literaria ha sido analizada por Cuesta Torre. Sendos trabajos abordan las actuaciones del obispo burgalés, figura central del Humanismo castellano, destacando especialmente la tarea llevada a cabo por Juan de Colonia en la catedral de Burgos. Siguiendo en esta vereda de la sabiduría, el tristemente desaparecido Fernando Villaseñor, nos brinda en esta publicación –enmarcada en el inconcluso proyecto de investigación por él dirigido *Promoción artística y cultura cortesana en Castilla durante los reinados de Juan II y Enrique IV*–, un completo panorama sobre las actuaciones del que fue uno de los principales intelectuales de la corte castellana, el obispo Lope de Barrientos. Además de abordar su papel en el entorno cortesano, este autor profundizó en la labor promotora del prelado, destacando sus intervenciones en la catedral de Cuenca y en su gran fundación, el Hospital de la Piedad de Medina del Campo, mediante el análisis de las indicaciones de las mandas testamentarias relativas a su lugar de descanso eterno y, muy especialmente, de la efigie realizada por Egas Cueman. También alude a la fábrica conquense el trabajo de Fernández Pardo, quien en esta ocasión propone una hipótesis sobre la fase constructiva inicial basada en la ubicación de las sepulturas de los primeros obispos.

La catedral de Palencia es objeto de estudio de dos capítulos. Herráez Ortega atiende a la construcción de la cabecera gótica iniciada en 1321, revisando tanto las fuentes como la propia materialidad del edificio para proponer una hipótesis sobre el progreso de dichas obras en función del impulso de los diversos prelados que ocuparon esta sede. Asimismo, Hoyos Alonso dedica su trabajo a la labor de promoción artística ejercida por Diego de Deza en el mismo templo, siendo especialmente destacable el encargo del posteriormente modificado retablo mayor. Concerniendo a la misma diócesis palentina, Vasallo Toranzo ha estudiado la obra de carpintería del Colegio de San Gregorio de Valladolid, fundación del también obispo de Palencia, Alonso de Burgos.

En cuanto a la sede primada, Pérez Grande aborda las donaciones de objetos de platería realizadas por los generosos arzobispos toledanos durante los siglos XIV y XV, entre los que destacan preciosas piezas como el relicario de santa Lucía, donado por Gil de Albornoz o la nao-relicario de san Blas, donada por Pedro Tenorio. Si los inventarios resultan un documento clave para analizar este tipo de obras, también componen el eje del trabajo de Castro Jara, que mediante estos instrumentos documentales ha estudiado la retórica del lujo en las colecciones del cardenal Mendoza, propietario de innumerables artículos suntuosos, desde vestimentas a joyas, ornamentos litúrgicos o manuscritos.

De nuevo, dos estudios se acercan a la catedral de Córdoba, un templo que quizás por sus particulares características, no ha recibido la atención adecuada desde la historiografía. En esta ocasión, ambos trabajos, llevados a cabo por Jordano Barbudo y por Romero Rodríguez, abordan dos momentos clave para la transformación artística y estética de la catedral cordobesa. El primero de ellos se ubica en el episcopado de Íñigo Manrique, que derribó parte de las naves de al-Hakam II para levantar una gran nave de filiación gótica ante la capilla de Villaviciosa, además de donar al templo ciertos objetos suntuarios. El texto de Romero Rodríguez se sitúa en otro cambio crucial, la erección del crucero-catedral que redefinió el espacio en su conjunto tras el impulso del obispo Alonso Manrique de Lara a partir de 1520.

La última de las sedes castellanas estudiadas es la de León, precisamente la anfitriona del proyecto de investigación que ampara esta publicación. Rebollo Gutiérrez nos acerca a la labor de Pedro Fernández Cabeza de Vaca en dicha catedral, precedida por la experiencia del prelado como canónigo en la catedral sevillana, lo que le llevó a encargar obras de especial envergadura y calidad como la obra mural ejecutada por Nicolás Francés en la capilla de Santa Teresa, entre otros ejemplos.

Si atendemos a otros reinos peninsulares distintos al castellano, en esta obra se recopilan una serie de estudios que atienden a ciertos casos de estudio en distintas sedes episcopales. En primer lugar, Martínez de Aguirre examina la participación de obispos, cabildo y monarcas en las empresas arquitectónicas de la catedral de Pamplona mediante el análisis de los recursos económicos disponibles en cada grupo, para concluir que, pese a que suele olvidarse esta aportación, el cuarto pilar de la financiación del conjunto recayó en el pueblo. Boto y Serrano, por su parte, dedican su trabajo a las iniciativas de los arzobispos tarraconeses durante el siglo XIV, que incluían tanto proyectos artísticos en lugares prominentes como la torre o la portada, como devocionales en torno a santa Tecla, reforzando mediante su ejecución el poder y la memoria episcopal.

En el ámbito aragonés, Gómez Urdáñez y Hernández Pérez han realizado sendos estudios sobre las sedes de Tarazona y Huesca, respectivamente. El primero de ellos implica una aportación acerca de la fábrica temprana de la catedral turiasonense a partir de ciertos restos escultóricos del siglo XIII que permiten establecer una relación con Reims (Francia). Hernández Pérez, sin embargo, se acerca al palacio episcopal oscense para fijar su atención en la techumbre encargada por el obispo Antonio Espés en 1478, en la que se representa un astrolabio como símbolo del ideal sapiencial cristiano predominante, según el cual la ciencia y la razón estaban condicionadas a la fe y virtudes cristianas.

Para finalizar este recorrido por las diversas aportaciones debe señalarse el trabajo de Varela Fernandes relativo a los obispos de Évora como impulsores de las labores constructivas y ornamentales de dicha catedral durante los siglos XIII y XIV. En su estudio analiza tanto la documentación existente como la memoria sepulcral de los obispos constructores, entre los que destacan Fernando Martins y Pedro Martínez Argote.

En definitiva, el presente volumen recoge importantes aportaciones sobre la promoción artística episcopal bajomedieval en diversas catedrales hispanas, con especial incidencia en el ámbito castellano. Su publicación, que ahonda en la renovación artística que supuso la intervención de los mencionados preladados, ha supuesto un nuevo paso en el conocimiento de este campo de estudio, que se ha visto especialmente enriquecido en la última década.

Diana Olivares Martínez
Universidad de Sevilla